

(*Paulina*), es, en concepto de algunos, la capilla por antonomasia entre todas las de Roma. Sin ser tan resplandeciente como la Corsini, que veremos en San Juan de Letran, ni tener un altar como el de San Ignacio en el *Gesú*, puede bien afirmarse que el arte y la riqueza y la devoción han acumulado en pequeño espacio, mármoles, piedras rarísimas, estucos y metal dorado, que bastarian para una gran iglesia. Sobre el altar mayor, decorado de lapislázuli y ágata, hay una imagen antiquísima de la Virgen, ante la cual oraba San Gregorio Magno, y han orado las generaciones de trece siglos en todas las grandes calamidades: á la procesion verificada con esta imagen por aquel santo Pontífice en el año 590, con motivo de una terrible epidemia, se refiere el milagro de la aparición del Ángel sobre la mole Adriana, que desde entónces se llamó Castel Sant-Ángelo: los frescos son de Guido, de Lanfranc, de Cívoli y de otros pintores del siglo xvii: dos sepuleros, el de Paulo V (*Borghese*) y el de Clemente VIII (*Aldrobandini*), con esculturas de discípulos de Bernini, completan el ornato de esta capilla, debajo de la cual hay una crypta, que sirve de panteon de familia.

No es posible recorrer uno por uno los altares, y uno por uno los depósitos y monumentos, ya religiosos, ya artísticos, que llenan la Basílica; pero tampoco es posible olvidar obras como los mosaicos del arco de la tribuna, cuya importancia para la historia del arte y para la historia de la Iglesia excede á toda ponderacion; pertenecen al siglo v, pontificado de San Sixto III y representan sucesos del Antiguo y del Nuevo Testamento; pero de tal manera escogidos, que á la vez misma que son como páginas eternas de las declaraciones solemnes, hechas en el Concilio de Efeso (año 431), contra la herejía de Nestorio, son testimonio elocuente que se aducirá en el segundo de Nicea (siglo viii), para confutar los errores de los iconoclastas. Place al ánimo contemplar aquellas pinturas de piedra, de que hablaba más de mil años hace el Papa Adriano I en una larga carta al emperador Carlomagno; place ver aquella muestra del arte cristiano en el siglo v; es decir, á poco de su salida de las Catacumbas, y considerar cómo, á beneficio de

la unidad de creencia, el arte ha conservado la unidad de los tipos y de las formas, viniendo á servir providencial y maravillosamente á la corroboracion de las verdades religiosas. Otros mosaicos notables guarda la Basílica; los dos del ábside del presbiterio, obra del siglo xiii, ejecutada por Turríta, franciscano del órden de menores, el primero sin duda de los mosaicistas de aquella época, muy superior á los griegos, que trabajaron en San Márcos de Venecia, representan la coronacion de la Virgen y otros varios pasajes de la vida de Nuestra Señora: difícilmente podrán las artes del dibujo exhibir en aquella época otra produccion, que más las honre, ni la escuela florentina ostentar más alta gloria artística, aún en los dias de Cimabue y de Giotto. En la nave menor, cerca de la puerta, está el sepulcro de mármol del Cardenal español Gonzalo Rodriguez, obispo que fué de Albano, muerto en 1299, monumento singular, de estilo que pudiera llamarse gótico, con delicadas esculturas y mosaicos, obra todo de uno de aquellos Cosmes (Juan), que por mucho tiempo tuvieron luégo en Roma el imperio de la escultura y del mosaico: en la misma nave menor, á la izquierda, se ve otro sepulcro, tambien magnífico, tambien de Cardenal español: del ilustre cordobés Francisco de Toledo, que, como se lee en el epitafio latino, fué el primero de la Compañía de Jesus que vistió la púrpura cardenalicia; sabio, teólogo y predicador eminente del siglo xvi: murió el dia 14 de Setiembre de 1596. Son por demas notables la capilla del Crucifijo, donde se adora la cabeza de San Lúcas el Evangelista, historiador de María, y la del Bautisterio, con su gran taza de pórfido y sus pinturas al fresco, y, por último, el sepulcro de cierto embajador del Congo, cerca de Urbano VIII, sobre cuya urna Bernini esculpió el busto del difunto, valiéndose de mármol negro para guardar todos los respetos y matices de la verosimilitud. Por el lado de la tribuna hay otra salida de la Basílica, que conduce á una pequeña plaza, y que suponé, por tanto, otra fachada, construida en los pontificados de Clemente IX y X. Delante de esta fachada menor, como delante de la otra principal, hay un monumento de piedra, aquí es un obelisco; allí es una columna. El obelisco pertene-

ció, juntamente con el del Quirinal, al mausoleo de Augusto: es de granito rojo, sin jeroglíficos; y tiene, contado el pedestal, 63 piés de altura. Donde quiera que se vea en Roma erigido un obelisco, puede asegurarse que por allí ha pasado la mano poderosa de Sixto V, que alzó del suelo esas moles de piedra, para colocar sobre ellas la cruz del Salvador en lo más alto de las colinas, y en todos los que fueron centros de la vida y de la actividad paganas. La columna canelada, de mármol blanco, que hay delante de la fachada principal de Santa María, perteneció á la Basílica de Constantino, que el vulgo ha llamado templo de la Paz: tiene más de 19 piés de circunferencia, y más de 58 de altura. Pauló V la erigió allí para que sirviera de pedestal á la estatua de bronce de la Virgen.

IV.

Todas las calles, que parten de la plaza de Santa María la Mayor, conducen, puede decirse, á templos monumentales, á Basílicas cristianas, levantadas en remotos siglos sobre las ruinas de grandes edificios paganos; tomemos desde luégo la que mira hácia el ángulo más oriental de los muros de la ciudad, y pasando por el antiguo *Vicarium*, ó gran depósito de los animales destinados á los juegos públicos; atravesemos aquel espacio, hoy desierto, donde estuvieron los jardines y el circo de Eliogábalo, y ántes los bosques sagrados, y más tarde el anfiteatro Castrense; y dejando á un lado el castillo del Agua Claudia, con sus dobles arcos, donde un tiempo se ostentaban los trofeos de Mario, y la puerta Mayor, con sus dos antiguas calles *Labicana* y *Prenestina*; acerquémonos á *Santa Cruz en Jerusalem*. Es una de las siete Basílicas principales de Roma, no por su magnificencia arquitectónica, sino por su antiguo venerando origen y por las reliquias que encierra: excédente en primores y en riqueza muchas iglesias de Roma; pero ninguna otra le precedió en poseer oratorio, construido sobre tierra

del Calvario. La Basílica de Santa Cruz, que se llamó *Sesorianana*, porque Sesoriano (*à sedendo*) decian el palacio, y sesorianos los jardines imperiales, que hubo en aquella extremidad del Esquilino, fué edificada hácia el año 330 por el emperador Constantino, para colocar dignamente reliquias, que en Oriente habia recogido su piadosa madre Santa Elena. El Emperador cristiano mostró en esta fundacion la misma, ó quizá más amplia generosidad, que desplegara en las otras Basílicas ó en el Bautisterio, que llevan su nombre. Los analistas é historiadores dan noticia de las ofrendas de oro y plata, sobre todo del altar de oro macizo de 250 libras, con que el César, bautizado por San Silvestre, enriqueció la nueva iglesia, levantada para guardar el mayor fragmento de la Cruz en que murió el Salvador, las espinas, que coronaron su frente, uno de los clavos, que taladraron sus manos y sus piés, la esponja amarga, que tocaron sus labios, y la cuerda, que habia sujetado su cuerpo á la columna.

En los siglos medios la Basílica de Santa Cruz sufrió deterioros y fué objeto de reparaciones, que, si bien modificaron y alteraron en algo su planta antigua y su ornamentacion, mantuvieron siempre las capillas subterráneas y todo lo que formaba, puede decirse, la construccion primitiva y sus venerandos monumentos, entre los cuales debe contarse la piedra sepulcral del Papa Benedicto VII, que murió el año 984.

Á la Basílica de Santa Cruz en Jerusalem va unido el nombre del Papa español Alejandro VI, que la favoreció sobremana, y el de una serie de cardenales españoles, á quienes en mucha parte se deben las obras de restauracion y ornato, ejecutadas en ella durante los últimos siglos. Á fines del xv, rigiendo la nave de San Pedro el Papa Borgia, Alejandro VI, el gran Cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, titular de la Basílica, emprendió una cuasi reedificacion de su fábrica, con cuyo motivo los trabajadores hubieron de dar con un hueco en la parte más alta del arco de la tribuna y encontraron una caja de plomo de más de dos palmos de longitud, que en otra de mármol, que la cubria, llevaba este rótulo: *Hic est titulus vere crucis*; este es, ó aquí está, el título de la ver-

dadera Cruz. Era, en efecto, la tabla de madera, con la triple inscripcion, puesta por los judíos, sobre la cruz del Salvador, el INRI original, una de las santas reliquias de la Pasion, que se adoran en la capital del orbe cristiano: tendrá como palmo y medio de longitud por nueve ó diez pulgadas de anchura; en su madera, casi negra, se ven los vestigios de los renglones hebreo, griego y latino, que la accion de diez y nueve siglos ha desgastado; pero no totalmente destruido.

Poco despues el Cardenal titular, tambien español, D. Bernardino Carvajal, patriarca de Jerusalem, hizo pintar la bóveda de la tribuna por el Pinturichio y reparó la devota capilla de Santa Elena; una lápida puesta en la bajada al subterráneo recuerda estos beneficios del purpurado español y casi la historia de la Basílica. Parécenos por extremo interesante, sobre todo para los españoles, el contenido de esta larga inscripcion latina, que traducida dice así:

« Esta es la sagrada capilla, llamada Jerusalem, porque Santa Elena, madre del gran emperador Constantino, tornando de Jerusalem trescientos y veinticinco años despues de la venida del Señor, la fabricó; y habiendo hallado las insignias del trofeo de Cristo, y conducido á Roma, por mar, una porcion de la tierra santa del Monte Calvario, sobre la cual derramó su preciosísima sangre por la redencion de los hombres, la llenó toda de dicha tierra, y así esta capilla y la iglesia, como Roma entera, mereció ser llamada segunda Jerusalem, donde, por corroborar la fe de aquélla, quiso ser Jesucristo en persona de Pedro segunda vez crucificado, y donde está la adoracion de un solo Dios verdadero. Y así la emperatriz Elena la adornó con muchas reliquias de Cristo nuestro bien y de sus Santos, alcanzando de San Silvestre, que fuese consagrada á los veinte de Marzo, con muchas indulgencias y remision de pecados, concedidas á cualquiera persona que la visitáre. Y pasados despues cien años, el emperador Valentiniano II, hijo de Constancio César y de Placidia, hija de Teodosio el Grande, español, y hermana de los emperadores Honorio y Arcadio, la guarneció y esculpió de hermosas flores (*verniculato opere*) de relieves por cumplir el voto, que hizo, en union de su madre Placidia

y de Honoria su hermana. Más de mil y cien años despues, el título de la verdadera cruz de Cristo, que habia traído á Roma Santa Elena, fué hallado en una caja cerrada, de plomo, que se descubrió en la pared, sobre el arco mayor de esta iglesia, donde estuvo muchos años oculto, pues, aunque habia unas letras por la parte de afuera, que parece lo demostraban, no se podian leer por su antigüedad, hasta que en tiempo de Inocencio VIII (el año 1492), octavo de su pontificado, haciendo el Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza renovar el cielo de esta iglesia, y como procediesen los trabajadores á echar por tierra parte de la pared, se abrió acaso el hueco de la ventana, y en él milagrosamente apareció á los ojos de los hombres el glorioso título de la verdadera cruz de Cristo nuestro bien, en el mismo dia que llegó á Roma la nueva de cómo el católico rey D. Fernando habia recuperado el reino de Granada de poder de los mahometanos: y el Papa, en procesion solemne, asistido del Sacro colegio, vino á dar gracias á Nuestro Señor á esta sacrosanta Basílica, así por el milagro de la aparicion del título, como por la gran victoria de nuestro catolicísimo Fernando, concediendo indulgencia grande, cada año, á los que la visitaren en la solemnidad de aquel dia. »

Un poco larga es la inscripcion; ¡pero, es tan española!..... ¡Son tan gratos y tan interesantes los nombres, que contiene, y los recuerdos, que despierta!..... Gala Placidia, D. Fernando el Católico, el Cardenal Mendoza, la conquista de Granada, representan glorias inmarcesibles de nuestra patria, que es siempre grato encontrar escritas allí donde no las turba el triste pelear de los partidos, ni la gritería feroz de las pasiones.

Otras memorias de insignes personajes españoles guarda la Basílica de Santa Cruz *in Gerusalemme*.

No muy posterior al Cardenal Carvajal, vástago ilustre de una de las más nobles familias de la nacion, fué el Cardenal Quiñones, *natione hispanus, patria legionensis*, como se lee en una lápida de la tribuna, quien en 1536 erigió el precioso tabernáculo del Sacramento. En 1540 fueron enterrados en la Basílica los restos mortales del Cardenal Quiñones, prelado de vas-

ta ciencia y prudencia, á quien cupo gran parte en la paz, felizmente acordada entre la Santa Sede y el emperador Carlos V.

Con la interrupcion de uno solo, sucedióle en el título de Santa Cruz en Jerusalem otro cardenal español, D. Bartolomé de la Cueva, hijo del Duque de Alburquerque, quien hizo la escalinata del altar mayor y restauró á toda costa el gran balcón de mármol, ó *loggia*, desde donde el día 3 de Mayo (Invenzion de la Cruz) muestra el Cardenal titular las santas reliquias, bendiciendo con ellas al pueblo, que constantemente llena la iglesia. La capilla que hay detras de esta tribuna, y en la cual se custodian las reliquias, debióse al cardenal español Pacheco. Otro Cardenal titular de esta Basílica, que tambien dejó en ella su nombre de ilustre protector, y perteneció, puede decirse, á la córte de España, fué el archiduque Alberto, deudo muy cercano de D. Felipe II.

De las tres naves de que consta la Basílica de Santa Cruz, la de enmedio está sostenida por ocho columnas antiguas, de las doce que en otro tiempo tuvo. Debajo del altar mayor, en una bella urna de basalto, están los cuerpos de San Anastasio y San Cesáreo. En la capilla subterránea de Santa Elena hubo tres cuadros de Rubens, que en alguna de las expansiones revolucionarias, que han afligido á Roma, emigraron á Inglaterra: de los mosaicos antiguos no puede formarse idea exacta: los actuales son evidentemente restauracion de la época de los cardenales españoles.

En los antiguos tiempos celebrábase en la Basílica de Santa Cruz en Jerusalem una ceremonia pontificia, de que es justo hacer mencion: en la dominica cuarta de Cuaresma canta la Iglesia aquellas palabras de Isaías: *Lætare Hierusalem et conventum facite omnes qui diligitis eam*, como si quisiera suavizar á la mitad de la cuaresma, dicen los teólogos, las asperezas del ayuno y de la mortificacion: y en la solemnidad de la misa el Papa bendecia y bendice la Rosa de oro, que como dón especial de su cariño envia luégo á alguna reina ó príncipe, en gran manera benemérito de la Santa Sede. La bendicion de la Rosa, propia de la dominica *Lætare Hierusalem* se hacia, pues, en la Basílica de Santa Cruz, á la cual en dicho día se trasladaba el

Pontífice con gran pompa, y áun era frecuente que dirigiese al pueblo su voz apostólica, mostrándole la Rosa y las excelencias de su mística significacion. Aunque esta ceremonia es anterior sin duda alguna al siglo XI, pues en él hay testimonios que la declaran ya costumbre antigua, el dato más importante para conocer los sentidos espirituales de la Rosa, es cabalmente el sermón predicado á este propósito por el Papa Inocencio III (año 1198) en la Basílica de Santa Cruz en Jerusalem, escogida de inmemorial para esta solemnidad: *quo circa flos iste*, dice el Pontífice, *non in quo libet loco sed in hac recte Basilica videndus ostenditur, quæ Sanctæ Crucis in Hierusalem appellatur, supernæ Hierusalem typum obtinens et speciem representans.*

Los Pontífices de todos siglos han honrado á los monarcas de España, constantes protectores de la Iglesia, ya con el sombrero y el estoque, tambien antiquísimos signos de munificencia pontificia, que se bendicen en el día de Navidad, ya con la Rosa de oro, que sucesivamente han obtenido doña Isabel la Católica, las reinas consortes de D. Felipe II, III, IV y V, y en 1868 la reina doña Isabel II, que recibió tan alta dádiva acompañada de un Breve pontificio, que puede y debe ser el más vivo consuelo en su infortunio. De los pocos, rarísimos, personajes, no soberanos reinantes, que hayan recibido la Rosa de oro, España ofrece un ejemplo en su gran capitán Gonzalo de Córdoba: los historiadores italianos recuerdan el suceso: uno de ellos dice: «Tomada Ostia, Gonzalo entró como en triunfo en Roma, con cien hombres de armas, doscientos caballos ligeros y mil quinientos infantes, todos soldados españoles, llevando delante al castellano preso, á quien poco despues dió libertad. Salieron á su encuentro muchos prelados, la familia del Pontífice, los cardenales todos, el pueblo y la córte, ansiosísimos de ver á un capitán, cuyo nombre con extraordinario lustre resonaba por toda Italia. Conducido á la presencia del Papa, que estaba en Consistorio, recibiólo con muy grande honor, y le dió la Rosa, que los Pontífices suelen dar cada año, en testimonio de su valor.»

Con una misma fecha, 26 de Enero de 1555, enviaba el

Papa Julio III, por medio de Antonio Agustín, nuncio nombrado al efecto, el sombrero y el estoque al rey de España Don Felipe II, y la Rosa de oro á su esposa doña María, reina de Inglaterra.

Otra ilustre dama, no reina, única acaso que haya recibido la Rosa de oro, fué también una española: la duquesa de Alba, mujer del virey de España en Nápoles, obtuvo tan señalada honra del Papa Paulo IV, después de la paz ajustada con el poderoso D. Felipe.

La noticia histórica de Santa Cruz en Jerusalem, donde antiguamente se bendecía la Rosa de oro, nos ha dado motivo para una digresión, un tanto ajena ya á la visita del Esquilino: sirva de excusa nuestro vivo deseo de restaurar en lo posible las hoy tan obscurecidas y maltratadas glorias de nuestra patria.

V.

Hay todavía en el Esquilino, hácia aquella vertiente, donde fueron *las Carinas*, el barrio elegante de Roma en los tiempos de Augusto y de Mecenas, un monumento insigne para el cristiano y para el artista: es una Basílica, erigida muchos siglos hace para guardar unas cadenas, que simbolizan, con ser cadenas de hierro, la verdadera libertad del mundo. San Pedro *in Vinculis* tiene por advocación la Basílica, y *Eudoxiana* se le dijo también en lo antiguo, del nombre de dos Eudoxias, mujer una é hija la otra del emperador Teodosio II: de las cuales emperatrices Eudoxia, la primera, la madre, retirada en Jerusalem por intrigas de la corte, tuvo la fortuna de adquirir allí, ofrenda piadosa, que los cristianos le hicieron, las dos cadenas de hierro con que San Pedro fué aherrojado en aquella ciudad por orden de Heródes. La historia añade que la emperatriz peregrina envió á Roma una parte de aquellas cadenas, á su hija Eudoxia, casada con Valentiniano III, y luego, en

segundas nupcias y contra su voluntad, con Máximo, que sólo contaba algunos meses de imperio, cuando sobrevinieron la invasión de los godos y el triunfo de Genserico: Eudoxia, recibida la reliquia de Jerusalem, se apresuró á entregarla al Pontífice Leon I, que luego mereció ser venerado en los altares con el nombre de San Leon el Grande. La tradición constante añade que, habiendo el Papa aproximado la cadena de Jerusalem á otra, que el Santo Apóstol había llevado en la cárcel Mamertina en tiempos de Neron, y que ya los fieles de Roma veneraban, ambas se unieron milagrosamente como si en una sola hubieran sido fundidas. Eudoxia entonces (año 442) resolvió edificar una iglesia suntuosa, destinada á perpetuar la memoria del prodigio, y á ofrecer constantemente á la veneración de los fieles las cadenas del Príncipe de los apóstoles: tal fué el origen de la Basílica de San Pedro *in Vinculis*, título cardenalicio, que hoy lleva dignamente un arzobispo español. Los Pontífices en todos tiempos han mirado este santuario como uno de los más insignes de la Ciudad Eterna. En el pontificado de Adriano I (fines del siglo VIII) fué reedificado: entonces, y algunos siglos después, véase en su pavimento la humilde losa sepulcral del Papa Juan II, que murió el año 535. En esta Basílica se verificaron no pocas elecciones de Pontífices, y valga por todas la del gran Hildebrando (en 1073), que se llamó Gregorio VII. En el siglo XV y á principios del XVI fué todavía la fábrica restaurada y embellecida, especialmente por los Papas Sixto IV y Julio II (*della Rovere*), cuyas armas se ven sobre el alto pórtico de cinco arcos, que forma el ingreso de la Basílica. Las tres grandes naves, de que consta, hállanse divididas por dos órdenes de veinte y dos magníficas columnas, istriadas, con capiteles dóricos: dos de granito, las demás de mármol blanco, procedentes acaso de monumentos antiguos de los mejores tiempos del arte. Entre sus pinturas merecen notarse el retrato del Cardenal Margottí sobre su sepulcro, el gran cuadro de la Liberación de San Pedro, que está en la sacristía, obras del Dominiquino, y la Santa Margarita, de Guercino. El San Sebastian en mosaico, trabajo bizantino del siglo VII, es una de las más estimables muestras del arte antiguo